

Memorias del FAM, alias “el Flórez”

Jesús Flórez

Catedrático de Farmacología (retirado), Universidad de Cantabria.

Confieso que no me gusta hablar de mí mismo. Aunque, como todo ser humano, me gusta que otros reconozcan las cosas que haya podido aportar. Me piden que cuente mi experiencia con “Farmacología Humana”. En Santander lo llamamos el FAM, por lo de Flórez-Armijo-Mediavilla. Pero ya sé que el nombre generalizado es el otro. ¿Mi experiencia? Seis ediciones dan mucho de sí: son miles de horas porque cada edición, en buena parte, era un libro nuevo. Pero con una idea permanente que no variaba y presidía toda la actividad de directores y colaboradores: la excelencia y el servicio, o sea, calidad y utilidad.

La génesis

Empezó casi de la nada. Mi formación en Farmacología se inició de la mano del Goodman y Gilman: el libro que nuestra profesora en Navarra, la Dra. Ángela Mouriz, manejaba para darnos las clases durante la licenciatura en los 1950s; fue el libro que yo manejé en su 2ª edición en los 1960s para dar mis primeras clases como profesor mientras hacía el doctorado en Medicina en Navarra, y seguí asimilando en su 3ª edición durante mi doctorado en Farmacología, ya en Dartmouth (USA). Fue allí donde aprendí la utilidad de entregar a los alumnos, al principio de cada clase, un folio —el guión— que resumía las principales ideas que iba a exponer. Y así, a mi vuelta a España, lo fui haciendo en mi recorrido por Navarra de nuevo, Tenerife, y finalmente en Santander. Pero como cabía esperar, cada curso el guión crecía un poquito: no sólo por actualizarlo sino por el deseo de ampliar los conceptos.

Llegó un día en que reuní todo los guiones del año y los entregué a una curtidora secretaria para que los “editara” con buen estilo. No había ordenadores, era una excelente IBM eléctrica. Y con el ejemplar exquisitamente mecanografiado me fui a una imprenta local. “Quiero 150 ejemplares, con agujeros para poder archivar”. Y los entregué a los alumnos el primer día de clase. El resultado cuajó. “Si los completáramos y puliéramos, podrían convertirse en un libro real”. Así nació en 1980 el COMPENDIO DE FARMACOLOGÍA HUMANA, publicado por una editorial universitaria, Eunsa, que se extendió por toda España: una experiencia ávidamente asimilada por profesores y alumnos. Eran años de auténtico estallido en la investigación farmacológica, que colocaron a esta disciplina a la cabeza de las ciencias biológicas, tanto por la profundidad y alcance de sus descubrimientos como por la eficacia de su valor terapéutico. Detrás de cada fármaco había un sólido

Una idea permanente que no variaba y presidía toda la actividad de directores y colaboradores: la excelencia y el servicio, o sea, calidad y utilidad.

fundamento que había que aprender a gestionar; en definitiva, a prescribir.

La rapidez con que se acumulaba la información obligaba a hacer una nueva edición. Y ahí surgió el dilema. Había comprobado que la concisión y sobriedad de conceptos y frases impedían ofrecer un desarrollo más asimilable, y hacía muy arduo el trabajo del estudiante para retener la información. No niego que, en el fondo, la vocación pedagógica nos exigiera movernos en un campo más amplio, más despejado. Decidimos abrirnos definitivamente a desarrollar cada capítulo: ya no sería Compendio, sino simplemente FARMACOLOGÍA HUMANA. Su primera edición apareció en dos tomos (por razones perentorias) en 1987 y 1988, escrita íntegramente por nosotros tres y publicada también por Eunsa. La envergadura de la tarea exigía tener muy claros los objetivos y su desarrollo.

El recorrido inicial

Algún crítico, muy ligado a la vertiente terapéutica de la Farmacología, afirmó con cierto desdén en una revista clínica que se trataba de un Goodman y Gilman en español. Erró. Evidentemente no se trataba de un libro de terapéutica farmacológica (que quizá era lo que él hubiese deseado). Pero nunca pretendimos ofrecer “nuestro” Goodman y Gilman. Si así hubiese sido, lo mejor era traducirlo, sin más. Ese libro es irreplicable: ilumina, es un libro de referencia obligada, pero se atraganta a los estudiantes. Nuestro objetivo era otro: hacer un relato razonado y estructurado de las realidades farmacológicas, que hicieran legítima y científica la decisión y selección terapéutica. ¿Razonado hasta dónde? Hasta donde la actualizada investigación científica hubiese llegado.



Figura 1. Fotografía de las 6 ediciones de Farmacología Humana

¿Profundizar hasta dónde? Hasta donde una persona no especializada, pero bien dotada intelectualmente, pudiese captar el sentido del relato.

Para ello, hubo que mojarse. Profundizar en ciertos temas, suprimir ideas falsas y productos inútiles, contrarrestar ideas sociológicas tóxicas (p. ej. la psicofarmacología, contra lo que entonces se consideraba “políticamente correcto”: la nefasta antipsiquiatría). ¿Profundizar hasta dónde? Hasta donde una persona no especializada, pero bien dotada intelectualmente, pudiese captar el sentido del relato. Ello condicionó la diversa longitud de los capítulos, en razón del nivel al que el conocimiento científico y la habilidad terapéutica habían sido capaces de alcanzar. También la especialización profesional de los autores ejerció una decisiva influencia en el enfoque que la nueva materia de la farmacología clínica obligaba a introducir.

Éramos también conscientes de que los estudiantes carecían del suficiente bagaje bioquímico y fisiológico como para entender la sutileza con que los modernos fármacos modificaban mecanismos y sistemas. Por eso hubimos de introducir, al comienzo o en el interior de algunos capítulos, explicaciones que facilitaran la comprensión ulterior de las acciones farmacológicas y sus consecuencias. Creo que acertamos a tenor de comentarios posteriores, que afirmaban que el estudio del fármaco les había ayudado a comprender mejor la biología molecular, la fisiología y la patología con él relacionadas.

La obra y su modelo fueron aceptados; hubo que reimprimirla en 1989 y 1991. Los años corrían y los nuevos conocimientos se acumulaban. Era precisa una segunda edición. Se nos hacía evidente nuestra incapacidad para mantener la excelencia necesaria, y vimos clara la necesidad de dar un giro: recabar la colaboración de colegas, farmacólogos o especialistas clínicos en ejercicio, que fueran auténticos conocedores de las diversas materias, o porque investigaban sobre ellas o porque las manejaban con exigente acierto. Al mismo tiempo, la difusión de la obra había despertado el interés de editoriales de amplia cobertura nacional e iberoamericana. Nos inclinamos por la firma que entonces ya figuraba como Salvat-

Masson, que posteriormente se convirtió en Elsevier con la que hemos trabajado en las sucesivas ediciones. La 2ª edición, con su nueva orientación y formato, apareció en 1992.

La madurez

En la 3ª edición (1997) introdujimos una novedad: la letra pequeña. No queríamos renunciar a la sólida fundamentación del relato farmacológico, pero dejábamos al lector la libertad de elegir hasta dónde quería llegar en su conocimiento. A partir de entonces se fueron sucediendo las ediciones con intervalos de 5-6 años para concluir en la última, la 6ª, publicada en el año 2014. En cada edición se fueron incorporando nuevos colaboradores (hasta llegar a 61 en la última) que asumieron el espíritu de la obra y enriquecieron los capítulos de una manera realmente brillante.

La multiplicidad de autores no menoscabó la unicidad de orientación, porque en ese enriquecimiento mutuo primó siempre la libertad que los diversos autores dieron a la dirección de la obra para modificar, ampliar o reducir los contenidos. Más aún, fue la dirección la que decidía lo que había de ir en letra grande o pequeña. Esa es la deuda que personalmente tengo con todos esos magníficos colaboradores, que tan generosamente se comportaron.

Al concluir esta pequeña Memoria, pienso que el mejor modo de resumir la trayectoria del proyecto es recoger las palabras con que iniciaba el prefacio de la última edición:

“No hay que hacer más comprometido que poner el conocimiento —fruto sazonado de la inteligencia humana— al servicio de los seres humanos. La tarea se hace aún más apasionante cuando es un servicio a la persona que sufre. La farmacología es el paradigma de esta actividad. Y tal ha sido el objetivo primordial con que nació la presente obra hace más de veinticinco años, que alcanza ahora su sexta edición: mostrar cómo los hallazgos cada vez más

Sigue siendo necesario ofrecer al mundo de habla española un relato equilibradamente extenso, ponderado y maduro que explique el cómo, el por qué y de qué manera los fármacos son instrumentos indispensables en el manejo de la enfermedad.

íntimos de la biología cobran todo su protagonismo y grandeza cuando son aplicados inteligentemente a la cabecera de la persona enferma.

A lo largo de este prolongado recorrido no hemos variado nuestro planteamiento inicial, sin ceder a la tentación de aminorar la exigencia del contenido expositivo que fundamenta la acción y la eficacia de un fármaco, bajo el señuelo de hacerlo más asequible a las exigencias mínimas de “superar una asignatura”. Ciertamente, el tiempo para el estudio puede ser limitado; y el recurso tecnológico para disponer de la “última palabra” está actualmente al alcance de cualquiera. Pero nos parece que sigue siendo necesario ofrecer al mundo de habla española un relato equilibradamente extenso, ponderado y maduro que explique el cómo, el por qué y de qué manera los fármacos son instrumentos indispensables en el manejo de la enfermedad. Y, al mismo tiempo, señalar las condiciones que se deben cumplir para que este manejo sea realizado de forma acertada, fiable y segura en función de las necesidades individuales de un paciente concreto.”

Procede agradecer de corazón a los coeditores, Juan Antonio Armijo y África Mediavilla, a los múltiples colaboradores que se fueron incorporando, a los responsables de cada edición en las diversas editoriales. Y a tantos lectores que, a lo largo de los años, han confiado en esta obra y han expresado su satisfacción por la formación que les ha proporcionado.